



La diaconisa através de los siglos

Por Nancy W. de Vyhmeister, traducido con ampliaciones por Daniel Mora

La diaconisa en la historia cristiana

En la Iglesia Adventista del Séptimo Día, las diaconisas tradicionalmente preparan el pan de la Santa Cena, vierten el jugo de uva en pequeños vasitos y se aseguran de que cada participante en la sala de las mujeres tenga un compañero para el lavado de los pies. Por lo general no son ordenadas. ¿De dónde vienen estas tradiciones?[\[1\]](#)

Para responder a esta pregunta, este artículo examinará evidencia relacionada con el papel y la función de las diaconisas en la iglesia cristiana durante varias etapas de su historia.

Comenzaremos por evaluar la evidencia del Nuevo Testamento. Luego rastreamos la historia de las diaconisas desde la iglesia primitiva en adelante, llegando finalmente a la práctica Adventista del Séptimo Día y la comprensión del diaconado femenino.

La palabra «diaconisa»

La palabra *diaconisa* es la contraparte del «diacono» masculino. Ambas palabras provienen del verbo griego *διακονέω* («servir, ayudar, ministro»). Los sustantivos relacionados son *διάκονος* («uno que sirve, o diácono») y *διακονία* («servicio o ministerio»).

En Mateo 8:15, Lucas 10:40, y Hechos 6: 2, el verbo significa servir en una mesa, que es consistente con el uso griego más antiguo de la palabra. Por ejemplo, al final de los cuarenta días en el desierto, los ángeles «servían» a Jesús (Mt 4: 11). El significado se amplía para incluir otros aspectos del ministerio: Jesús vino para ministrar o servir (Mt 20:28), Pablo consideró su viaje a Jerusalén como entregar la ofrenda reunida en Europa como un ministerio (Ro 15:25), y el autor de Hebreos elogia la práctica de servir a los santos (Heb 6: 10). Por lo tanto, servir a los demás es lo que hacen los diáconos (1 Tim 3: 10,13).

El sustantivo *διακονία* se usa para describir el ministerio de la mesa que los apóstoles confiaron a los siete (Hch 6: 1,2). En Hechos 20:24, es el ministerio del evangelio de Pablo dado por Dios, que también llama el «ministerio de reconciliación» (2 Cor 5, 18). Timoteo se anima a llevar a cabo su *διακονία* (2 Tim 4:5). Los dones espirituales son para preparar a los santos para la *διακονία* (Efe 4:12).

El sustantivo *διάκονος* (pl. *διάκονοι*) tiene diferentes usos. Denota a alguien que atiende en las mesas, como en la fiesta de bodas en Caná (Jn 2: 5). Jesús dijo que «el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor [*διάκονος*]» (Mr 10:43, NVI). Con Pablo, la palabra adquiere un sentido específicamente cristiano. Pablo es un *διάκονος* del nuevo pacto (2 Co 3: 6), de Dios (2 Co 6: 4) y de la iglesia (Col 1:25). En estos textos, el significado se acerca mucho más al ministro que al servidor.

En Filipenses 1: 1 y 1 Timoteo 3: 8-13, *διάκονος* identifica a oficiales específicos de la iglesia. La suya era evidentemente una ocupación espiritual, ya que los requisitos eran espirituales, integridad personal e irreprensible. Si bien parecen haber tenido una posición más baja que la de los Ancianos (o presbíteros), fueron líderes reconocidos de la iglesia, no meramente personas que abrieron y cerraron la iglesia o llevaron regalos a los pobres.

El griego, que generalmente distingue cuidadosamente entre las formas masculina y femenina de un sustantivo, no lo hace con *διάκονος*. La misma palabra se usa para servidores religiosos masculinos y femeninos, tanto en las religiones paganas como en el cristianismo. Cuando se usa el artículo, el género es visible: *ho διάκονος* (masculino) y *hē διάκονος* (femenino). El femenino *diakonissa* apareció solo a principios del siglo IV.

Otro término griego define el servicio: *δοῦλος* (verb. *δουλέω*), que significa «esclavo», constantemente mal traducido como «siervo» en la KJV. Diferente a un *διάκονος*, el *δοῦλος* no tiene voz sobre su propia persona. Un *δοῦλος* está totalmente comprometido, voluntariamente o no, con un maestro. Los «siervos» en las parábolas de Jesús son en realidad esclavos en vez de sirvientes. En Romanos 6, Pablo describe a los seres humanos como «esclavos», ya sea para pecar o para Dios. Pablo se llama a sí mismo un *δοῦλος* de Jesucristo (Ro 1:1), mostrando así su compromiso total con Dios.

Las mujeres diáconos en el Nuevo Testamento

En el NT, las mujeres sirven de muchas formas. Este artículo examinará solo a aquellas mujeres que sirvieron en funciones oficiales. Aquellas mujeres que sirvieron en posiciones no oficiales, entre las cuales estarían las mujeres que mitigaron las necesidades de Jesús y sus discípulos (Lc 8:3) –por ejemplo, Trifena, Trifosa y Pérsida, quienes «trabajan en el Señor» (Ro 16:12), y las mujeres mayores, cuya tarea era enseñar a las más jóvenes (Tit 2:4-5) –, no serán abordadas en este artículo.

1. Febe

Pablo, en Romanos 16: 1, 2, llamó a Febe *διάκονος* de la iglesia de Cencrea. Además de esta breve declaración, no sabemos nada sobre Febe, excepto que ella fue una benefactora de Pablo y otros, y que Pablo la recomienda a la iglesia en Roma.

Que ella fuera una benefactora o patrona (*prostatis*) sugiere una mujer de riqueza y posición. En el mundo mediterráneo del primer siglo, un patrón o benefactor financiaba la construcción de monumentos o edificios, financiaba festivales o celebraciones, y apoyaba a artistas y escritores; o incluso proporcionaba una sinagoga para una congregación judía en el exilio. A cambio del apoyo del patrón, el cliente, individual o grupal, proporcionaba gratitud, honor y, a veces, el fruto de su labor artística.[2] En la antigua Atenas, el equivalente masculino, *προστάτις*, era el título de un ciudadano cuya responsabilidad era velar por el bienestar de los extranjeros residentes, que no tenían derechos civiles.[3]

El hecho de que la encomendaron a la iglesia en Roma generalmente se acepta como evidencia de que Febe llevó la carta a la iglesia para Pablo. Dado que Cencrea era la ciudad portuaria oriental de Corinto, Febe habría sido conocida por Pablo, quien parece haber escrito desde Corinto, como lo sugieren las referencias a Gayo y Erasto, que eran claramente de Corinto (Ro 16:23; cf. 1 Co 1:14,2 Tim 4:20)

De interés para este estudio, Pablo reconoció a Febe como un *διάκονος*, o ministro, de la iglesia en Cencrea. Solo que aquí se usan *διάκονος* en relación con una iglesia específica, lo que implica algún tipo de posición en la iglesia. La traducción del término *διάκονος* en este pasaje tiene más que ver con el traductor que con el significado de la palabra griega. La KJV lo traduce como «sirviente»; en la INV aparecen «sirviente», con «diaconisa» en la nota; el NRSV dice «diácono», con «ministro» en la nota.*

Los primeros escritores de la iglesia post-apostólica dieron su propia interpretación de este pasaje. Orígenes (185-254 d.C) interpretó que este pasaje enseña que hubo mujeres ordenadas en el ministerio de la iglesia... porque ayudaron de muchas maneras».[4] Escribiendo sobre Febe y las otras mujeres de Romanos 16, Juan Crisóstomo (347-407 d.C), escribió: «Se ve que estas eran mujeres nobles, no obstaculizadas de ninguna manera por su sexo en el curso de la virtud; y esto es lo que se podría esperar, porque en Cristo Jesús no hay varón ni mujer».[5] Teodoreto (393-460 d.C) señaló que el «la asamblea de la iglesia en Cencrea ya era tan considerable como para tener una mujer diácono, prominente y noble. Ella era tan rica en buenas obras realizadas que merecieron los elogios de Pablo».[6]

2. «Las mujeres asimismo»

En 1 Timoteo 3: 2-7, Pablo enumera las características de los obispos o supervisores, que es la traducción literal del griego ἐπίσκοπος. Los versículos 8-10 describen los rasgos espirituales requeridos de los *διάκονοι*.^[7] El versículo 11 parece una especie de divagación: ¿quiénes son estas «mujeres»? La palabra griega, que puede traducirse como «mujeres» o «esposas», se ha traducido de diversas maneras como «mujeres», «mujeres diaconas» o «sus esposas [diaconas]».

Sin embargo, la implicación de que el término se refiere a una esposa del diácono presenta dificultades, ya que en el griego no hay posesivo, por lo que no sería posible saber a qué esposas se refiere el texto. Por otro lado, si uno toma en serio el contexto, estas son mujeres que sirven a la iglesia como lo hacen sus contrapartes masculinas. Muy probablemente, estas mujeres eran diáconos, como lo fue Febe. A fines del siglo II, Clemente de Alejandría (155-220 d.C) indicó que este texto presentaba evidencia de la existencia de *γυναικῶν διακονῶν* («mujeres diaconas»), Juan Crisóstomo y Teodoreto, escribiendo en el cuarto y quinto siglo respectivamente, también entendieron que estas mujeres eran diáconos femeninos.^[8]

Como en el caso de Romanos 16: 1-2, la traducción de 1 Timoteo 3: 8-10 varía de acuerdo con las presuposiciones del traductor. El presente se interrumpe en el pasado, con el resultado de que debido a que no hay mujeres diáconos en la iglesia ahora, no debe haber habido ninguna antes, o porque tenemos diaconisas en la iglesia hoy, podrían haberlas tenido en el primer siglo. Finalmente, si ninguna otra interpretación funciona, siempre es apropiado que los cónyuges de los oficiales de la iglesia sean cristianos serios.

Las mujeres diáconos en la iglesia primitiva

Durante los primeros siglos, las mujeres diáconos y viudas fueron reconocidas como líderes de la iglesia. Examinaremos la evidencia de la existencia, las tareas y la ordenación de mujeres en el diaconado.^[9] Luego señalaremos los motivos de la desaparición del diaconato femenino.

1. La existencia de mujeres diáconos

En algún momento entre 111 y 113 d. C., Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, escribió al emperador Trajano preguntándole cómo debía tratar con los cristianos. En la carta, él habla de interrogar a dos mujeres, que fueron llamadas *ministrae* (ministras), el equivalente latino de *διάκονος*.^[10]

Sobre el ministerio de las mujeres, Clemente de Alejandría escribió:

Pero los apóstoles, de conformidad con su ministerio, se concentraron en la predicación sin distracciones y tomaron a sus esposas como hermanas cristianas y no como esposas, para ser sus compañeras [«diáconos compañeras»] en relación con las amas de casa, a través de las cuales las enseñanzas del Señor penetraron donde vivían las mujeres sin escándalo.^[11]

La *Didascalia Apostolorum* [Enseñanza de los Apóstoles], indudablemente de la parte oriental del imperio y compuesta en el siglo III y ha sobrevivido en fragmentos griegos, siríacos y latinos.

El capítulo 16 da instrucciones específicas sobre el papel de los hombres y las mujeres que trabajan en la iglesia:

Por tanto, oh obispo, nombra a trabajadores de la justicia, ayudantes que cooperan contigo para la vida. Aquellos que te agradan de todas las personas que eliges y nombras como diáconos: por un lado, un hombre para la administración de las muchas cosas que se requieren, por otro lado, una mujer para el ministerio de las mujeres.[\[12\]](#)

Las *Constituciones Apostólicas*, desde el siglo IV, incorporan la mayor parte de la *Didascalia* y, por lo tanto, incluyen casi el mismo material sobre las diaconisas.[\[13\]](#)

Al responder a las preguntas formuladas por el obispo de Iconio, Basilio de Cesarea señala que los *διάκονος* que ha cometido una fornicación pueden arrepentirse, pero no será devuelto a su cargo por un período de siete años.[\[14\]](#) El canon 44 de Basilio, que data de finales del siglo IV, da por sentada la existencia de las diaconisas y muestra que se esperaba de ellas pureza e incluso celibato. El Canon 15 del *Concilio de Calcedonia* (451) anatematiza a una diaconisa ordenada que se casara.[\[15\]](#)

Las inscripciones en tumbas también proporcionan evidencia de la existencia de diaconisas en la iglesia. Una inscripción encontrada en las cercanías del Monte de los Olivos habla de «Sofía la diácono». Fechada en la segunda mitad del siglo IV, la lápida dice: «Aquí yace la esclava y la novia de Cristo, Sofía, el diácono (*διάκονος*), la segunda Febe».[\[16\]](#) Como «novia de Cristo», Sofía habría sido célibe. Como imitadora de Febe, ella fue diácono.

Una inscripción del siglo V de Delfos, Grecia, dice lo siguiente: «La diaconisa (*diakonissa*) más piadosa, Atanasia, que llevó una vida intachable en el decoro, fue nombrada como diaconisa por el obispo más santo, Pantiamianos. Ella ha adornado este monumento. Aquí yacen sus restos mortales».[\[17\]](#) Una inscripción del siglo VI de Capadocia en Asia Menor da no solo el título, sino que muestra lo que hizo esta mujer *διάκονος*:

Aquí yace la diácono María, de piadosa y bendita recuerdo, quien según las palabras del apóstol, crió niños, invitó a huéspedes, lavó los pies de los santos y compartió su pan con los necesitados. Acuérdate de ella, Señor, cuando ella entre en tu reino.[\[18\]](#)

En Oriente, las diaconisas aparecen hasta el siglo XII o XIII. *The Libem Patrum* declara:

En cuanto a las diaconisas, deben ser sabias. Aquellas que han proporcionado un claro testimonio de pureza y temor de Dios son las que deberían ser elegidas. Deberían ser castas y modestas y tener sesenta años o más de edad. Ellas llevan a cabo el sacramento del bautismo para las mujeres porque no es apropiado que el sacerdote vea la desnudez de las mujeres.[\[19\]](#)

Por lo tanto, las diaconas o diaconisas debidamente constituidas son claramente evidentes a lo largo de los primeros siglos de la iglesia cristiana. Algunos han sugerido que la existencia de mujeres diáconas o diaconisas era una evidencia de apostasía, mientras que otras están

firmemente convencidos de que las mujeres que sirvieron en la iglesia eran simplemente herederas de Febe.[20]

2. La ordenación de las mujeres diáconos

Las *Constituciones Apostólicas* (finales del siglo IV) dan instrucciones al obispo sobre la ordenación de los líderes de la iglesia, hombres y mujeres. El obispo debe imponer las manos sobre la mujer y orar:

Oh Eterno Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Creador del hombre y la mujer, que has llenado con el Espíritu a María, y Débora, y Ana, y Hulda, que no desdijeron que tu Hijo unigénito debería nacer de una mujer; quien también en el tabernáculo del testimonio y en el templo designó a mujeres para que fueran guardianas de tus santas puertas, Ahora tú también mira a ésta tu sierva que debe ser ordenada para el oficio de diácona, y concédele tu Espíritu Santo, y límpiala de toda inmundicia de carne y de espíritu, para que ella pueda cumplir dignamente el trabajo encomendado a ella para tu gloria y la alabanza de tu Cristo.[21]

En el *Concilio de Calcedonia* (451), la ordenación de las diaconisas se llama expresamente ordenación mediante la imposición de las manos. Los miembros del Consejo acordaron que «una mujer no recibirá la imposición de manos como diaconisa si es menor de cuarenta años, y solo después de un minucioso examen».[22]

El emperador Justiniano dirigió una novela corta (16 de marzo, 535) al arzobispo de Constantinopla, indicando que la iglesia debería tener 40 mujeres diáconas. En instrucciones posteriores, afirmó que las mismas reglas deberían aplicarse a las mujeres diáconas como a los sacerdotes y diáconos. Como vírgenes o viudas de un esposo, merecían la sagrada ordenación.[23]

En el *La Barberini Greek Euchology*, un ritual bizantino del siglo VIII para la ordenación de diáconos masculinos y femeninos, exige la imposición de manos en la ordenación. La primera de las dos oraciones era hecha por un diácono, y notaba que Dios santificó el sexo femenino a través del nacimiento de Jesús y le dio el Espíritu Santo a hombres y mujeres. La segunda oración, pronunciada por el arzobispo, decía:

Señor, Maestro, no rechazas a las mujeres que se dedican a ti y que están dispuestas, en una forma apropiada, a servir a tu Santa Casa, sino que las admites al orden de tus ministros. Concede el don de tu Espíritu Santo también a esta criada tuya que quiere dedicarse a ti, y cumple en ella la gracia del ministerio del diaconado, como le has otorgado a Febe la gracia de tu diaconado, a quien tú llamaste al trabajo del ministerio.[24]

El *Sacramentario Gregoriano*, un libro litúrgico romano del siglo VIII, que contiene el único formulario occidental sobreviviente para la ordenación de una diaconisa, reutiliza la fórmula para la ordenación de un diácono, pero con el género femenino.[25]

3. La labor de las mujeres diáconos

A partir de documentos antiguos, aprendemos sobre las funciones desempeñadas por las primeras diaconisas. Las *Constituciones Apostólicas* mandan al obispo que «ordene también a una diaconisa que sea fiel y santa, para ministrar hacia las mujeres. . . . Porque tenemos necesidad de una mujer, una diacona, para muchas necesidades».[26] Las diaconas tenían un ministerio especial para las mujeres, especialmente en los hogares paganos, donde los diáconos no eran bienvenidos. Llevaron la eucaristía a las mujeres que no podían asistir a la iglesia. Además, ministraron a los enfermos, los pobres y los que estaban en prisión.[27]

El ministerio más importante de las mujeres diáconos era ayudar en el bautismo por inmersión de las mujeres. La diaconisa ungía al candidato bautismal con aceite, aparentemente sobre todo el cuerpo. En algunos casos, ella levantaba un velo para que el clero no pudiera ver a la mujer desnuda siendo bautizada. Posiblemente ella pudo haber acompañado a la mujer al agua. Las *Constituciones Apostólicas* afirman que «en el bautismo de mujeres, el diácono untará solo su frente con el aceite sagrado, y después de él las ungirá la diácona: porque no hay necesidad de que las mujeres sean vistas por los hombres».[28]

La *Disdascalia* señala el papel de las mujeres diáconos en el ministerio de la enseñanza: «Y cuando la que está siendo bautizada haya subido del agua, que la reciba la diaconisa, edúquele y enséñele para que el sello irrompible del bautismo sea (mantenido) en la castidad y la santidad. En este sentido, decimos que el ministerio de una mujer diácono es especialmente necesario y urgente».[29] En su papel de docente, la diaconisa, evidentemente, se ocuparía solo de las mujeres, ya que en la sección relativa a las viudas, las *Constituciones Apostólicas* dejan claro que las mujeres no deberían enseñar ni bautizar.[30]

Las mujeres diaconisas estaban activas en el servicio de la iglesia. Los deberes públicos incluían dirigir la entrada de las mujeres a la iglesia, examinar las cartas de recomendación de los extraños y asignar los lugares apropiados en la iglesia.[31]

La evidencia indica que las diaconisas debían estar a cargo del convento como la «madre superiora», por así decirlo. Entre el 532 y 534, los obispos Jacobitas en el exilio en Antioquía dieron la opinión de que en Oriente «los superiores de los monasterios femeninos deberían ser diaconisas y compartir los misterios con aquellos que están bajo su poder», cuando ningún sacerdote o diácono estuviera disponible para hacerlo.[32] Aproximadamente en el 538, el obispo de Tella, no lejos de Edesa, otorgó a la diaconisa la autoridad para ayudar al sacerdote en el servicio de comunión y para leer los «Evangelios y los libros sagrados en una asamblea de mujeres».[33]

Santiago de Edessa (683-708) resumió las actividades de la diaconisa en la iglesia oriental durante su época:

La diaconisa no tiene absolutamente ninguna autoridad con respecto al altar... Sin embargo, esta es la autoridad que tiene: puede barrer el santuario y encender la lámpara del santuario, y esto incluso cuando el sacerdote o diácono no está allí. Además, si vive en una comunidad de monjas, cuando no hay un sacerdote o un diácono, puede tomar el sagrado sacramento del

tabernáculo y distribuirlo entre las mujeres que son sus compañeras o con los niños que están allí. Pero no se le permite consumir el bendito sacramento en la mesa del altar mismo, ni poner el sagrado Sacramento en el altar, ni tocar el altar de ninguna manera.[34]

4. Terminación del diaconado femenino

Mientras que las diaconisas aparecen en la Iglesia Oriental hasta el siglo XII o XIII, en Occidente su fin llegó mucho antes. El monje británico Pelagio (c.420) escribió que el diaconato femenino era una institución que había caído en desuso en Occidente, aunque permanecía en el este.[35]

El Sínodo de Nimes (396) señaló que el problema con las diaconisas era que las mujeres «asumían para sí mismas el ministerio de los levitas», lo cual era «contra la disciplina apostólica y no ha sido escuchado hasta este momento». Además, «cualquiera de tales la ordenación que ha tenido lugar es contra toda razón y debe ser destruida».[36]

Una serie de concilios eclesiásticos hizo pronunciamientos contra la ordenación de las diaconisas. El Primer Concilio de Orange (441) ordenó: «De ninguna manera las diaconisas deben ser ordenadas. Si ya hay diaconisas, deben inclinar la cabeza bajo la bendición que se da a todo el pueblo».[37] El Consejo Borgoñón de Epaon (517) dictaminó: «Abrogamos totalmente en todo el reino la consagración de las viudas que son nombradas diaconisas».[38] El Segundo Sínodo de Orleans (533) dio seguimiento a esta prohibición. Su Canon 18 establece: «A ninguna mujer debe, desde ahora, darse la *benedictio diaconalis*, debido a la debilidad del sexo».[39]

La ordenación de las diaconisas, más que su trabajo, parece haberse convertido en un problema, quizás debido a su «impureza» menstrual. El obispo Epifanio de Salamina (315-405), que sostenía que las mujeres «son una raza débil, indigna de confianza y mediocres de inteligencia», señaló que las diaconisas no eran clérigos, sino que servían a los «obispos y sacerdotes sobre la base del decoro».[40] En una carta a Juan, obispo de Jerusalén, insistió que nunca había «ordenado diaconisas. . . ni había hecho nada para dividir la iglesia».[41] Para 1070, Teodoro Balsamon, Patriarca de Antioquía, podía afirmar que «las diaconisas en cualquier sentido propio habían dejado de existir en la Iglesia aunque el título era asumido por ciertas monjas».[42] Una de las razones que dio fueron la «impureza de sus períodos menstruales» y el hecho de que la ley «prohíbe a las mujeres ingresar al santuario».[43]

El autor jacobita Yahya ibn Jarir, escribiendo desde Persia en el tercer cuarto del siglo XI, escribió: «En la antigüedad, las diaconisas eran ordenadas; su función era preocuparse por las mujeres adultas e impedir que se descubrieran en presencia del obispo. Sin embargo, a medida que la práctica de la religión se hizo más extensa y se tomó la decisión de comenzar a administrar el bautismo a los bebés, esta función de las diaconisas fue abolida».[44]

Miguel el Grande, patriarca de 1166 a 1199, parecía estar de acuerdo:

En la antigüedad existía la necesidad de las diaconisas, principalmente para ayudar con el bautismo de las mujeres. Cuando los conversos del judaísmo o el paganismo se convirtieron en discípulos del cristianismo y por lo tanto se convirtieron en candidatos

para el sagrado bautismo, fue a manos de las diaconisas que los sacerdotes y obispos untaron a las candidatas en el momento de su bautismo. . . . Pero podemos ver claramente que esta práctica ha cesado hace mucho tiempo en la Iglesia. . . . Ya no hay necesidad de diaconisas porque ya no hay mujeres crecidas que se bauticen.[45]

El redescubrimiento del diaconado femenino

Después de su desaparición durante la Edad Media, las diaconisas fueron «redescubiertas» por los protestantes en Holanda en el siglo XVI. En el siglo XIX, fueron entrenados para la enfermería, la enseñanza y el trabajo parroquial en ambos lados del Atlántico. Leslie McFall cita a una fuente del siglo XVIII que decía que las diaconisas debían «ayudar en el bautismo de mujeres, instruir a niños y mujeres antes del bautismo, supervisar a las mujeres en la Iglesia y reprochar y corregir a quienes se portan mal».[46]

Las diaconisas en el adventismo

La Iglesia Adventista del Séptimo Día creció en el momento en que el oficio de la diacona estaba ganando fuerza. No se puede considerar extraño que los adventistas también consideraran la posibilidad de que las mujeres sirvieran como diaconisas.

1. Los inicios del adventismo

Ya en 1856, Joseph Frisbie escribió acerca de las diaconisas como obreras en la iglesia. Se refirió a la elección de los siete diáconos de Hechos 6 y de la diaconisa Febe (Romanos 16: 1), señalando que «fueron considerados siervos, ayudantes u obreros con los apóstoles en el evangelio; no es que predicaran la palabra, sino que ministraron o sirvieron sus necesidades temporales». Él citó aprobando el comentario de Clarke: «Había diaconisas en la iglesia primitiva, cuya labor era atender a las conversas en el bautismo; instruir a los catecúmenos, o personas que eran candidatos para el bautismo: visitar a los enfermos y a los que estaban en prisión; y, en resumen, realizar esos oficios religiosos, para la parte femenina de la iglesia, que no podrían realizar con propiedad por hombres».

Frisbie entonces preguntó: «¿No sería bueno entonces que los hermanos designen en todas las iglesias a diáconos y diaconisas que puedan responder a las calificaciones que se establecen claramente en la Biblia, con una comprensión de cuáles son sus deberes?». Luego resumió estos deberes:

1. Visitar a los pobres e indigentes, las viudas y los huérfanos, los enfermos y afligidos.
2. Recaudar fondos y cuidar las finanzas de la iglesia
3. Preparar la Santa Cena, incluyendo tener a mano un buen vino [no fermentado] de uvas o pasas.[47]

En 1870, J. H. Waggoner publicó sus ideas sobre «The Office of Deacon» [El cargo del diácono]. Su presentación, se basada en Hechos 6: 3 y 1 Timoteo 3: 8-12, enfatizó las

características espirituales de los diáconos. Donde Frisbie había incluido anteriormente a las diaconisas, Waggoner no hizo mención de ellas.[\[48\]](#)

2. Ellen White y las diaconisas

Una gran cantidad de libros, sermones y panfletos sobre las diaconisas y su trabajo fueron publicados en los Estados Unidos en las últimas dos décadas del siglo diecinueve. Elena de White no tenía nada de esto en su biblioteca.[\[49\]](#)

Una búsqueda de la posición de White sobre el nombramiento, la ordenación o el trabajo de las diaconisas resultó ser desconcertante. Sólo se encontró una referencia: una carta escrita en septiembre de 1902. En ella, Ellen White regañó a A.T. Jones por escuchar los problemas privados de las mujeres: «Cuando una mujer venga a Ud. con sus problemas, dígame claramente que vaya con sus hermanas, y le diga sus problemas a las diaconisas de la iglesia».[\[50\]](#)

Sin embargo, el mensaje de White de 1895 sobre el apartamiento de las mujeres es clave para la comprensión adventista del trabajo de la diaconisa. «Aquellas damas que tienen voluntad de consagrar algo de su tiempo para el servicio a Dios debieran ser encargadas para visitar a los enfermos, atender a los jóvenes y ministrar a los pobres. Debieran ser separadas para esta tarea por la oración y la imposición de manos. En algunos casos necesitarán el consejo de los dirigentes de la iglesia o del pastor. Pero si son mujeres consagradas que mantienen una comunión vital con Dios, serán un poder para el bien en la iglesia».[\[51\]](#)

Los registros muestran que con la fuerza de esta declaración, se llevaron a cabo al menos tres ceremonias de ordenación para diaconisas. El primero fue el 10 de agosto de 1895, en la iglesia de Ashley en Sydney, Australia, donde «los Pastores Corliss y McCullagh de la conferencia australiana separaron a los ancianos, diáconos, y diaconisas mediante la oración y la imposición de manos».[\[52\]](#) La segunda ordenación conocida tomó lugar en la misma iglesia el 06 de enero de 1900, con W.C. White oficiando, como señaló en su diario.[\[53\]](#) La tercera ocasión fue un servicio de ordenación en febrero o marzo de 1916, cuando E. E. Andross, entonces presidente de la Unión del Pacífico, ofició, citando como su autoridad el artículo de Ellen White en 1895 *Advent Review y Sabbath Herald*.[\[54\]](#)

Las diaconisas en el adventismo del siglo XX

El proceso de convertirse en diaconisa y el papel que desempeña la diaconisa en la Iglesia Adventista del Séptimo Día todavía está emergiendo.

1. Ordenación de diaconisas

Las primeras ordenaciones de las diaconisas en la Adventista del Séptimo Día pronto fueron olvidadas. En el boletín de los Oficiales de la Iglesia (*Church Officers' Gazette*) de diciembre de 1914, los diáconos y los ancianos deben ser ordenados, ya que «hasta que esto se haga no están debidamente calificados para cumplir con todos los deberes de su cargo». El trabajo de la diaconisa, «estrechamente asociado con el diácono en el cuidado de los muchos intereses de la iglesia,» es «del mayor bienestar de la iglesia», sin decir nada acerca de la ordenación de la

diaconisa.[55] A pesar de esto, en 1921, F.A. Detamore describió una visita a una iglesia en Sarawak (Malasia), y señaló la ordenación de «hermana Lee [como] diaconisa».[56]

Con la publicación del primer *Manual de la Iglesia Adventista* en 1932, se mencionó el origen de las diaconisas en el Nuevo Testamento. El *Manual* decía que «no hay registro, sin embargo, de que estas mujeres hayan sido ordenadas, por lo tanto, nuestra denominación no sigue la práctica de ordenar diaconisas». Esta frase apareció en el *Manual de la Iglesia* hasta la edición de 1986.[57]

El Concilio Anual[58] de 1984 recomendó que el *Manual de la Iglesia Adventista del Séptimo Día* eliminara la frase sobre no ordenar diaconisas e incluyera la declaración de Ellen White de 1895 acerca de imponer las manos sobre mujeres que «consagrarían parte de su tiempo para servir al Señor». La Sesión de la Asociación General de 1985 tomó una declaración enmendada para su consideración: «La iglesia puede organizar la ordenación de diaconisas por un ministro ordenado que tenga las credenciales actuales de la Asociación».[59] Después que un delegado se opuso a llamar a Febe diaconisa, la Sesión de la Conferencia General de 1985 votó referir la enmienda al Comité permanente del Manual de la Iglesia para su mayor consideración.[60] La sesión de 1990 votó usar la palabra «inducción» en lugar de «ordenación». Así, el Manual de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de 1990 dice: «La iglesia puede organizar un servicio adecuado de inducción para la diaconisa por un ministro ordenado con credenciales actuales». El reconocimiento de Febe como diaconisa fue incluido».[61] Esta misma frase aparece en la edición de 2000.

Esta «ceremonia apropiada» puede incluir la imposición de manos, pero la ordenación de diaconisas todavía no se practica generalmente. Por ejemplo, en el año 2000, la Iglesia Adventista del Séptimo Día en el sudeste de California informó que solo el 38% de sus congregaciones ordenaban mujeres como diaconisas.[62]

2. Las tareas de las diaconisas

Posiblemente la referencia más antigua a los deberes llevados a cabo por las diaconisas es el recuerdo de W. C. White de que su padre llamó a las diaconisas de Battle Creek en 1863 para reparar una carpa de evangelización rota.[63]

Una lectura más detallada de los documentos adventistas históricos no brinda información hasta 1909, cuando T.E. Bowen escribió en *Advent Review* y *Sabbath Herald* que «el trabajo de la diaconisa, llevado a cabo adecuadamente, es de gran importancia y traerá mucha bendición a la iglesia». Además de ayudar en el servicio de la Comunión, deben visitar a «los enfermos y aquellos que necesitan ayuda amorosa».[64] En el mismo año, en un pedido por el uso de la túnica bautismal apropiada, la Sra. S.N. Haskell señaló que «Aquellos que aceptan, de la mano de la iglesia, el oficio de la diaconisa, se obligan a dedicar tiempo para atender las cosas pertenecientes a la casa del Señor».[65]

En junio de 1914, la Iglesia Adventista del Séptimo Día comenzó a publicar instrucciones para los oficiales de la iglesia local en la *Gaceta de los Oficiales de la Iglesia*. Sus dos primeros números incluían artículos que delineaban los deberes de las diaconisas: «cuidar los inmuebles

del edificio de la iglesia y cuidar del bienestar de los miembros de la iglesia».[66] El artículo enfatizaba la «visita sistemática» y «la asistencia de ser necesario». Las diaconisas deben cuidar a los enfermos, proporcionarles comida y ropa a los necesitados, ayudar a las personas a encontrar trabajo y enseñarles a las hermanas cómo cocinar y cuidar el hogar y los niños. En este trabajo, las diaconisas debían involucrar a otros miembros de la iglesia, «lo que los lleva a interesarse por el bienestar de los demás y a unir a la iglesia como una sola familia». Finalmente, la diaconisa debía mantener un registro del «fondo de los pobres . . . administrado por el diácono y la diaconisa».[67]

El segundo artículo hablaba del cuidado de diferentes aspectos del edificio de la iglesia: el arreglo de la plataforma, la colocación de flores en el frente y la limpieza del santuario. A las diaconisas se les confiaron los preparativos para la comunión y el rito de humildad de las mujeres, que consiste en lavar los pies de otra persona. También debían cuidar las túnicas bautismales y ayudar a las mujeres que fueran bautizadas. Resumiendo sus deberes, el autor desconocido afirmó: «Realizar fielmente los deberes que pertenecen a la oficina de una diaconisa significa mucho trabajo duro y abnegación».[68]

El artículo «Diáconos y Diaconisas» en la *Gaceta de los Oficiales de la Iglesia* de octubre de 1919 da sólo un breve párrafo al cuidado de los enfermos y los pobres. Se le da mucha más importancia a la parte de la diaconisa en la preparación del «servicio trimestral [de la Comunión]».[69] La *Gaceta* recapitula los deberes de las diaconisas en su edición de julio de 1923. Mientras que la práctica de las diaconisas de rendir servicios «en la casa o en la habitación de los enfermos» no desapareció, el énfasis pasó de cuidar y visitar a los miembros a una preocupación por los «platos, jarras, copas y manteles» para la Comunión.[70]

El primer *Manual de la Iglesia Adventista*, publicado en 1932, dedicó cinco breves párrafos al trabajo de las diaconisas. Sus principales tareas eran la preparación de la mesa de la comunión, la supervisión de la ceremonia del lavado de pies, ayudar en los bautismos, y hacer «su parte en el cuidado de los enfermos, los necesitados, y los desafortunados, cooperando con los diáconos en este trabajo».[71]

En la *Gaceta de los Oficiales de la Iglesia* de octubre de 1948, las diaconisas fueron instruidas en cuanto al servicio de comunión altamente coreografiado. Después de doblar las servilletas que cubren el pan, «las diaconisas, siempre moviéndose ‘dulcemente’ y al unísono, regresen a la mesa para quitar y doblar el mantel grande que cubre el servicio de vino. De alguna manera, los dedos de las mujeres pueden hacer esto mucho más hábilmente que los hombres».[72]

El cuidado infantil durante los servicios de la iglesia se agrega en un ejemplar de 1940 de la revista *Ministry* [Ministerio]. La diaconisa debe estar a cargo de la habitación de las madres, proporcionando «libros ilustrados, lápices de colores, bloques y otros trabajos . . . para los pequeñitos».[73]

En un artículo de 1956 en *Ministry* [Ministerio], Bess Ninaj delineó seis tareas principales de las diaconisas: (1) el servicio de la comunión, incluida la preparación del pan y el vino; (2) el rito de humildad; (3) bautismos, especialmente de mujeres; (4) el cuidado de los enfermos y pobres; (5) el saludo a la gente en la puerta; y (6) la visitación de los miembros, al menos trimestralmente,

pero mejor cada mes. Ninaj notó que la última de estas tareas había sido «descuidada o no reconocida».[74]

El énfasis en la diaconisa y el servicio de la Comunión, que incluye la preparación y el lavado de los pies, aparece en un artículo de *Ministry* en dos partes en 1972. El último artículo incluso contiene una receta para el pan de la Santa Cena.[75]

Medio siglo antes de su tiempo, Leif Tobiassen sugirió en 1952 que la iglesia se dividiera en pequeños grupos bajo el liderazgo de diáconos y diaconisas. «Este ideal», escribió Tobiassen, «seguramente puede ser alcanzado por el pastor si se esfuerza por educar a los diáconos y las diaconisas para ampliar su visión del significado de la parte que deben tomar en el manejo espiritual y misionero de la iglesia remanente».[76]

Una descripción del ministerio, con fecha de 2002 y preparada por la Iglesia Adventista en América del Norte para diáconos y diaconisas, enumera los deberes de los diáconos y diaconisas. Las diaconisas deben ayudar con el servicio bautismal, que incluye la preparación de batas, el lavado y el almacenamiento del equipo y la asistencia a las candidatas. Las funciones relacionadas con el lavado de pies y la comunión siguen el patrón anterior. Un elemento, sin embargo, es nuevo: «Es apropiado para los diáconos o diaconisas, que han sido ordenados, ayudar a distribuir los emblemas y descubrir y recubrir la mesa durante el servicio». Además, «se unirán al pastor y los ancianos en visitar a miembros de la iglesia. Algunas iglesias asignan un área geográfica o cierta cantidad de miembros para diáconos y diaconisas en equipos de dos o tres para visitar».[77]

En 1999, Vincent White publicó un libro, *Problem Solvers and Soul Winners* [Solucionadores de problemas y ganadores de almas], basado en un curso dado para diáconos y diaconisas. Los deberes más tradicionales incluyen ayudar a mantener la reverencia en el servicio y ver que el predicador tenga un vaso de agua junto al púlpito. Las diaconisas hacen arreglos para las cenas fúnebres y «sirven como portadoras de flores». Además, las diaconisas deben «llamar la atención del pastor en privado a los candidatos que pueden llevar cosméticos y coloridas joyas». Si están vestidas de blanco, las diaconisas pueden participar en la entrada de los oficiantes de la Comunión y cubrir y luego descubrir la mesa (para la cual se dan detalles específicos de la actividad). Las diaconisas también preparan los materiales de comunión para aquellos que no pudieron asistir, forman parte del equipo que lleva la Comunión a los que no pueden asistir a la iglesia, y deshacen los restos de los emblemas de la Comunión quemando el pan y derramando el vino en el suelo.[78]

Pero Vincent White va más allá, como sugiere el título de su libro. Las diaconisas deben participar en la visita de los miembros de la iglesia para que todas las familias reciban una visita de 10 a 15 minutos por trimestre. Cuando encuentran situaciones problemáticas, deben usar un método de resolución de problemas de nueve pasos para satisfacer las necesidades físicas, sociales y espirituales de aquellos con quienes trabajan. Están respaldadas por equipos interdisciplinarios en la iglesia local. Además, la jefa de las diaconisas, junto con su contraparte masculina, organiza el comité telefónico y ayuda a capacitar a los que participan. Las diaconisas deben ser ganadoras de almas y ayudar a discipular a los nuevos miembros.[79]

Con el libro de Vincent White y la descripción del ministerio presentada en 2002, podría decirse que los Adventistas han vuelto a la visión primitiva de las diaconisas: mujeres consagradas que llevan a cabo el ministerio de cuidar las cosas y la gente. Si bien durante mucho tiempo el énfasis fue en los detalles, ahora la diaconisa forma parte del equipo pastoral

Conclusión

Que las mujeres sirvieron a la iglesia como diáconos en el NT es claro. Lo que hicieron y si fueron ordenadas no está claro. Pero luego, lo mismo podría decirse acerca de los diáconos en las Epístolas Pastorales.

El servicio de las mujeres como diáconos en los primeros siglos está bien atestiguado. El más importante de sus deberes tenía que ver con el bautismo de mujeres adultas, pero también estaban involucrados en las visitas y el cuidado de las mujeres en la iglesia. En la iglesia primitiva, su existencia parece darse por sentada y su ordenación fue aceptada. Más tarde, cuando la comprensión de la ordenación cambió y las personas fueron ordenadas a un puesto en lugar de a una tarea, el papel de las diaconisas cambió y casi desapareció. Dado el «carácter indeleble» de la ordenación y el poder que brindaba al clero, las mujeres fueron excluidas, antes y más completamente en la iglesia occidental que en la oriental. Al mismo tiempo, el bautismo de adultos prácticamente desapareció y el monasticismo se convirtió en la forma preferida por las mujeres para servir a Dios y a la iglesia. Por lo tanto, las diaconisas desaparecieron. La Reforma Radical vio el comienzo de un renovado interés en el servicio de las diaconisas, pero no fue hasta el siglo XIX que las diaconisas se restablecieron.

El adventismo nació como un movimiento popular. Se necesitaba a todos, incluidas las mujeres, para difundir el mensaje.^[80] Ya en 1856, Frisbie pidió que hubiera diaconisas. Más tarde, Ellen White pidió que las mujeres que prestaban servicio a tiempo parcial fueran ordenadas por la iglesia. Las mujeres que Frisbie y White imaginaban que servían a la iglesia no debían ser ascetas o miembros de hermandades, viviendo separadas del mundo. Debían ser personas involucradas en la vida cotidiana, darse a sí mismas; no eran clérigos, sino laicos ordenados para tareas específicas.

La mayoría de los adventistas del siglo XX perdieron el ímpetu y el potencial del movimiento de las primeras diaconisas. Las diaconisas en el ministerio pastoral se volvieron una rareza; en cambio, en gran medida, eran adorables damas que servían vino y agua y guardaban ropa de comunión y túnicas bautismales. Tareas selectivas, como saludar a la gente en la puerta de la iglesia y distribuir ayuda a los pobres, a veces se agregaban, pero las diaconisas no eran una fuerza a tener en cuenta. Las sugerencias para instruir y organizar diaconisas aparecen como llamados aislados para usar los talentos femeninos en la iglesia, pero parecen no haber sido escuchados.

Tal vez los Adventistas del Séptimo Día del siglo veintiuno puedan aprender de la historia. Las diaconisas aún pueden ser reconocidas como ministros laicos. Quizás la iglesia encuentre formas de instruir las y capacitarlas para que puedan servir a la iglesia y a su Señor con amor y creatividad, convirtiéndose en una fuerza para la fortaleza y el crecimiento dentro de la iglesia.

Sobre la autora: **Nancy Vyhmeister, doctora en educación**, es profesora emérita de misión, del *Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día*, Berrien Springs, Michigan, Estados Unidos.

Nota: Este artículo, traducido de la revista *Ministry* de julio y setiembre del 2008, se basó en un artículo de la misma autora, Nancy Vyhmeister, «Deaconesses in History and in the Seventh-Day Adventist Church», *Andrews University Seminary Studies (AUSS)*, vol. 43, no. 1 (2005), 133-158.

Referencias

Notas del traductor: [1]Este artículo es un tributo para mi madre diaconisa, ya en sus 96 años de edad. Recuerdo con qué reverencia hacía el pan de la comunión y cómo usó su traje negro especial y guantes blancos para destapar y cubrir la mesa de la comunión en el día del Sabbath.

Las siguientes versiones de la Biblia en castellano traducen *διάκονος* de Romanos 16:1 como «diaconisa»: *Nueva Versión Internacional (NVI)*, *Reina Valera 1960 (R60)*, *Reina Valera Actualizada (RVA)*, *Reina Valera 1995 (R95)*, *Castillian Bible Version (CAB)*, *Biblia de las Américas (LBA)*, *Nueva Biblia de los Hispanos (NBH)*, *Reina Valera Gómez (RVG)*, *Reina Valera 1909 (SRV)*, *Dios Habla Hoy (DHH)*, *Nueva Biblia al Día (NBD)*, *Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy (NBLH)*, *Spanish Blue Red and Gold Letter Edition (SRV-BRG)*. Las versiones que traducen *διάκονος* de Romanos 16:1 de forma diferente: «en servicio» *Jubilee Bible 2000 (Spanish) (JBS)*; «ayudante» *Palabra de Dios para Todos (PDT)*, con una nota explicativa «ayudante de la iglesia Textualmente diaconisa»; «al servicio» *La Palabra (España) (BLP)*; *La Palabra (Hispanoamérica) (BLPH)*; «líder» *Traducción en lenguaje actual (TLA)*.

[2]Para un análisis del patrocinio, ver Nancy Vyhmeister, «The Rich Man in James 2: Does Ancient Patronage Illuminate the Text?», *AUSS* 33 (1995): 266-272.

[3]W. E. Vine, *Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Grand Rapids: Fleming Revell, 1981), S.V. «prostatis».

[4]Orígenes, *Epistola ad Romanos 10.17.2*, citado en *Ancient Christian Commentary of Scripture*, vol. 6, *Romans*, ed. Gerald Bray (Downers Grove: InterVarsity, 1998).

[5]Juan Crisóstomo, *Homilía 30*, sobre Romanos 15:25-27, *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church (NPNF)* (Grand Rapids: Eerdmans, 1996).

[6]Teodoreto *Interpret. Epist ad Rom. 16: 1*, PG 82, cols 2 VD, 220A.

[7]Curiosamente, el *Miles Coverdale Bible* (1563) tradujo *διάκονος* como «ministro».

[8]Clement *Stromata* 3.6.53, Clement of Alexandria, trans. John Ferguson, *The Fathers of the Church* (Washington, DC: Catholic University of America, 1991), 289; John Chrysostom, *In Epistola 1 ad Timotheus 3*, Homily 11.1, NPNF

[9]Para obtener más información sobre la historia de las diaconisas, ver «The History of Women Deacons», en http://www.womenpriests.org/traditio/deac_ovr.htm (May 21, 2007). Ver también, John Wijngaards, *No Women in Holy Orders? The Ancient Women Deacons* (Norwich, UK: Canterbury, 2002). Mientras que Wijngaard interpreta que la evidencia incluye a mujeres diaconas en el clero, Aimé Georges Martimort, cuyo cuidadoso análisis, *Deaconesses: An Historical Study* (San Francisco: Ignatius, 1986) es considerado un clásico sobre el tema, admite la existencia de mujeres diaconisas pero niega que alguna vez fueron consideradas parte del clero.

[10]Pliny, *Cartas*, 10.96.

[11]Clement, *Stromata* 3.6.53

[12]«Concerning deacons and deaconesses», *The Didascalia Apostolorum in Syriac*, ed. Arthur Vööbus, *Corpus scriptorum christianorum orientalium*, 407 (Louvain: Secrétariat du Corpus SCO, 1979), 2:156.

[13]*The Apostolic Constitutions*, ANF 7:799-1043.

[14]*Canons of St. Basil*, 44, < www.ccel.org/fathers/NPNF2-14/7appndx/basil.htm > July 22,2004).

[15]Calcedonia, Canon 15, *Conciliarum Oecumenicorum Decreta* (Bologna: Istituto per le Scienze Religiose, 1972), 94; también en <www.fordham.edu/halsall/basis/chalcedo n.html > (consultado: 21 de julio, 2004).

[16]Ute E. Eisen, *Women Officeholders in Early Christianity: Epigraphical and Literary Studies* (Collegeville, MN: Liturgical Press, 2000), 159.

[17]*Ibid.*, 176-177.

[18]*Ibid.*, 164-167.

[19]*Liber Patrum*, ser. 2, fasc. 16, in S. Congregatio pro Ecclesia Orientali, *Codificazioni canonica orientale*, Fonti (Rome: Tipografia Poliglotta Vaticana, 1930), 34, citado en Martimort, 158.

[20]En los polos opuestos están los autores de <www.womenpriests.org>, que usan el material histórico para apoyar la ordenación de las mujeres diaconos y sacerdotes, y Martimon, 241-250, que encuentra ambigua la evidencia de las mujeres diaconisas como parte del clero.

- [21] *Apostolic Constitutions* 8.3.20, ANF 7:492.
- [22] Canon 15, *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, 94
- [23] Justiniano, *Novellae* 3.1; 6.6; *Corpus Iuris Civilis*, vol. 3, *Novellae* (Zurich: Weidmann, 1968), 20, 21, 43–45.
- [24] Barberini, Greek Euchology 336; para la traducción original en griego, inglés y la historia del manuscrito, < http://www.womenpriests.org/traditio/deac_gr1.asp> (consultado: 15 de mayo, 2007).
- [25] Matthew Smyth, «Deaconesses in Late Antique Gaul», <www.womenpriests.org/deacons/deac-smy.htm> (consultado: 15 de julio, 2004).
- [26] *Apostolic Constitutions* 3.2.16 (ANF 7:884).
- [27] Mary P. Truesdell, «The Office of Deaconess», en *The Diaconate Today*, ed. Richard T. Nolan (Washington, DC: Corpus, 1968), 150.
- [28] *Apostolic Constitutions* 3.2.15, ANF 7:431. Para más detalles y documentos, ver «The Woman Deacon's Role at Baptism», < www.womenpriests.org/traditio/deac_bap.html> (consultado: 27 de julio, 2004).
- [29] *Didascalia* 16, Vööbus, 2:157.
- [30] *Apostolic Constitutions* 3.1.6,9; AM 7:427-428,429.
- [31] Ver «A Woman's Supervisory Role in the Assembly», <www.womenpriests.org/traditio/deac-dis.htm> (consultado: 27 de julio, 2004).
- [32] Canon 9, in I. Rahmani, *Studiu Syriaca* 3 (Sharfk, 1908), 33, citado en Martimort, 139-140; ver A. Voobus, *Syrische Kanonensammlungen*, *Corpus scriptorum christianorum orientalem*, 307:167-175.
- [33] John bar Qursos, «Questions Asked by the Priest Sargis», en A. Voobus, ed., *The Synodicon in the West Syrian Tradition*, *Corpus scriptorum christianorum orientalem*, 368:197-205, citado en Martimort, 140-142.
- [34] *Syrian Synodicon*, en «James of Edessa», <www.womenpriests.org/traditio/james-ed.htm> (consultado: 27 de julio, 2004).
- [35] Pelagio, Comentario sobre Romanos 16:1, Theodore de Bruyn, *Pelagius's Commentary on St. Paul's Epistle to the Romans* (Oxford: Clarendon, 1993), 150, 151.
- [36] Charles Joseph Hefele, *A History of the Councils of the Church from the Original Documents* (Edinburgo: T. and T. Clark, 1871), 2:404.

[37] Canon 26, Concilio de Orange, en Charles Joseph Hefele, *Histoire des conciles d'après les documents originaux* (París: Letouzey et Ané, 1908), 2: 1: 446, 447. En una nota larga, Hefele describe la historia del Diaconado femenino y sostiene que el consejo tuvo que tomar medidas estrictas con las diaconisas porque estaban tratando de «extender sus atribuciones» (447).

[38] Council of Epaon, Canon 21, en Edward H. Landon, *A Manual of the Councils of the Holy Catholic Church* (Edinburgh: John Grant, 1909), 1:253

[39] Hefele, *A History of the Councils*, 4:187.

[40] *Against Heresies* 79.1, 3, 4.

[41] Epifanio, Letter to John Bishop of Jerusalem, '2
<<http://www.womenpriests.org/traditio/epiphan.asp>> (consultado: 15 de mayo, 2007).

[42] *Catholic Encyclopedia*, s.v. «Deaconesses».

[43] Replies to the Questions of Mark, reply 35, <<http://www.womenpriests.org/traditio/balsamon.asp>> (consultado: 15 de mayo, 2007).

[44] Jahya ibn Jarir, *Book of Guidance of Jahya ibn Jarir*, G. Khorī-Sarkis, «Le livre du guide de Yahya ibn Jarir», *Orient Syrien* 12 (1967): 461, citado en Martimort, 166.

[45] Syriac Pontifical, Vatican Syriac MS 51, citado en Martimort, 167.

[46] Leslie McFall, Good Order in the Church, <http://www.btinternet.com/~lmf12/HTML-GOITC/women_as_elders.htm>, caps. 4, 5 (consultado: 21 de mayo, 2007).

[47] Joseph Birchard Frisbie, «Deacons», *Advent Review and Sabbath Herald* 8, no. 13 (31 de julio de 1856): 102. En adelante *RH*; la cita es del Comentario de la Biblia de Adam Clarke sobre Romanos 16:1, 2.

[48] J. H. Waggoner, «The Office of Deacon», *RH*, 27 de septiembre de 1870, 116.

[49] Warren H. Johns, Tim Poirier y Ron Graybill, comps., *A Bibliography of Ellen G. White's Private and Office Libraries*, 3ra ed. (Silver Spring, MD: Ellen G. White Estate, 1993); ella sin embargo, tenía el Comentario de la Biblia de Clarke, citado por Frisbie en 1856.

[50] Ellen G. White a A. T. Jones, *Carta, Manuscript Releases* 21, MR no. 1520, 97.

[51] Ellen G. White, «The Duty of the Minister and the People», *RH*, 09 de julio de 1895, par. 8.

[52] Jerry Moon, «'A Power That Exceeds That of Men': Ellen G. White on Women in Ministry,» en *Women in Ministry: Biblical and Historical Perspectives* (Berrien Springs: Andrews University Press, 1998), 201–203.

[53] Arthur N. Patrick, «The Ordination of Deaconesses», *Adventist Review*, 16 de enero de 1996, 18, 19. En adelante *AR*.

[54] Ver Ellen G. White, *Appendix C to Daughters of God* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 1998), 253-255.

[55] O. A. Olsen, «The Duties of Deacons and Deaconesses», *The Church Officers' Gazette*, diciembre de 1914, 1.

[56] F. A. Detamore, «First Fruits in Sarawak, Borneo», *RH*, 08 de diciembre de 1921, 11.

[57] Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, *Church Manual* (Washington, DC: General Conference of Seventh-day Adventists, 1932), 34; ídem, *Seventh-day Adventist Church Manual* (Silver Spring, MD: General Conference of Seventh-day Adventists, 1986), 64.

[58] El Concilio Anual es la reunión completa del Comité Ejecutivo de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. Su membresía en todo el mundo está compuesta por unas 300 personas.

[59] *Actas del Concilio Anual de 1984*, 15 de octubre de 1984, 253–284G.

[60] «Ninth Business Meeting, Fifty-fourth General Conference Session, Tuesday, July 2, 1985», *AR*, 04 de julio de 1985, 9.

[61] Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, *Seventh-day Adventist Church Manual* (Silver Spring, MD: General Conference of Seventh-day Adventists, 1990), 64.

[62] Kit Watts, «SECC Members Value Gender Inclusiveness», *Pacific Union Recorder*, agosto de 2000, 31.

[63] W. C. White, «Memories and Records of Early Experiences», *RH*, 28 de enero de 1932, 6.

[64] T. E. Bowen, «Questions Answered», *RH*, 07 de enero de 1909, 19.

[65] S. N. Haskell, «Baptismal Robes», *RH*, 11 de marzo de 1909, 10.

[66] «The Duties of the Deaconess», *The Church Officers' Gazette*, junio de 1914, 2.

[67] *Ibid.*

[68] «The Duties of the Deaconess», *The Church Officers' Gazette*, julio de 1914, 2.

[69] J. Adam Stevens, «Deacon and Deaconesses», *The Church Officers' Gazette*, octubre de 1919, 2.

[70] M. A. Hollister, «Deacon and Deaconess», *The Church Officers' Gazette*, julio de 1923, 2.

[71] *Church Manual*, 1932, 34.

[72] Dorothy Foreman Beltz, «Communion Service and True Worship», *The Church Officers' Gazette*, octubre de 1948, 4.

[73] Howard J. Capman, «Reverence in the Church Service», *Ministry*, octubre de 1940, 18.

[74] Bess Ninaj, «The Deaconess and Her Work», *Ministry*, diciembre de 1956, 35, 36.

[75] Dalores Broome Winget, «The Deaconess and the Communion Service», dos partes, *Ministry*, octubre de 1972, 28–30; noviembre de 1972, 41, 42.

[76] Leif Tobiassen, «Adventist Concepts of Church Management», *Ministry*, noviembre de 1952, 20.

[77] Consorcio de Recursos de la Iglesia, División Norteamericana de los Adventistas del Séptimo Día, *Responsabilidades en la Iglesia Local*, rev. ed., 2002. También disponible en <http://www.plusline.org/article.php?id=236>.

[78] Vincent E. White Sr., *Problem Solvers and Soul Winners: A Handbook for Deacons and Deaconesses* (Knoxville, TN: AVA's Book Publishers, 1999), 11, 12, 14, 15, 18, 19.

[79] *Ibid.*, 47–58, 59–65, 67–79, 87–93.

[80] Ver Michael Bernoi, «Nineteenth-Century Women in Adventist Ministry against the Backdrop of Their Times», en *Women in Ministry: Biblical and Historical Perspectives* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1998), 211–234.